

No tenía edad cuantificable; carecía de pasado y de futuro; por nada se apasionaba: se había purgado de todo partidismo. Despreciaba los arquetipos y los paradigmas. Únicamente se enternecía cuando alguno de sus alumnos más torpes lo invitaba a ser su confidente: escuchaba al alumno con una delectación rayana en la humildad franciscana; lo reconfortaba; lo instruía con una meticulosidad iniciática: parecía envejecer contagiado por las amputaciones, múltiples y pavorosas, de aquellos adolescentes que lo apostrofaban y vocaban aureolados de una ingenuidad suicida. Nunca nadie, al parecer, formuló reproche alguno contra él. En aquel habitáculo (sic!) de tensiones y rencillas, de pequeñas miserias y rivalidades mal disimuladas, comenzaba a convertirse, lentamente, en un buda; esto es: en un mito viviente.

Más que plaza desconocida (que sí lo era), se trataba de una ignota y agobiante dimensión cero donde confluían ciertas líneas de fuerza incontrollables, ciertas potencialidades cargadas de armónicos apenas audibles: una latitud sin coordenadas, pura notación espacial de límites no baremables: la suspensión de juicio, de raciocinio incluso, se imponía como única salvaguarda; por eso me limité a dejarme fagocitar hasta que la lógica de la sinrazón neutralizase por sí misma los numerosos contrasentidos que hasta ese instante había conseguido sistematizar: la inquietante lividez del rostro, apenas visible, del anciano milenario, único ser que poblaba aquella dimensión desnortada; el susurro de voces crispadas, como un eco rebotado desde lejanos farallones, que llegaban agotadas por una especie de asfixia congénita; la gravitación de la luz metálica, enquistada en los cuatro ángulos de la plaza; el silencio, prelude, sin duda, del apocalipsis que presentía desde mi llegada; la cerúlea palidez de las lombrices que se caían, que se arrastraban lastimeramente, reptando con una torpeza travestida de impotencia entre los hipidos asmáticos del vejete ensimismado en su juego cruel: todo se había conjurado para transformar mi recelo incipiente en terror.

En un arrebato de coraje me decidí a interpelar, aproximándome peligrosamente, al anciano asmático hasta lograr, por fin, la solución de aquella raíz cuadrada que me transportaba a la demencia.

Nunca asistió a la primera clase de los lunes, lo que dio pie a peregrinas conjeturas por nadie contrastadas o verificadas. Se decía, por ejemplo, que aprovechaba los fines de semana para embriagarse durante cuarenta y ocho horas seguidas, sin descanso; o que recorría los mil trescientos kilómetros que le separaban de su tierra de origen para verse con una fascinante mujerzuela por la que suspiraba inútilmente; incluso se apuntó hacia ciertas prácticas sexuales de tipo comunitario en las que menudeaban los alucinógenos y los ritos rosacruces: cada cual formulaba hipótesis y mantenía supuestos a gusto del más fabulador. Lo cierto es que a las diez y cuarto en punto su desgarrada figura asomaba, tambaleante, por el vestíbulo del Centro, arrastando a duras penas un cansancio milenario, unas ojeras que le colgaba sobre los pómulos como placentas deshidratadas, y una animadversión indisimulable hacia todo lo que no fuese él mismo. Esos lunes no cruzaba palabra con nadie; sus clases se limitaban a ejercicios escritos o a disertaciones orales de los alumnos.

Era un hombre perfectamente organizado, se decía.

Todos lo envidiaban.

Me fui aproximando cautelosamente. El anciano decrepito no mostraba curiosidad alguna por mi estrategia defensiva. Me alarmó su indiferencia, su desprecio. Sólo el terroso siseo que provocaban las lombrices perturbaba aquel silencio preñado de insidia. Las lombrices horadaban el polvo intentando zafarse de la tortura a que eran sometidas; se revolcaban entre la babosidad excretada; se hundían en sus propios excrementos; arrastraban tras de sí la mucosidad, elástica y gomosa, con que protegían sus cuerpos mutilados; se hacinaban, buscándose, bajo la gelatina regurgitada por sus minúsculos orificios bucales hasta deshacerse en un coágulo de anillos emulsionados.

Estaba a punto de vomitar.

Ni las insinuaciones bienintencionadas de algunos de los compañeros que él privilegiaba con sus peroratas; ni la amonestación verbal que tuvo que soportar de la autoridad académica; ni las varias sanciones pecuniarias (descuentos mensuales en sus haberes) acumuladas durante el curso: ninguna medida de presión, ninguna amenaza, ninguna reconvención, lograron disuadirlo de su abstención laboral de los lunes por la mañana. Llegó a rumorearse de un inminente expediente administrativo el cual en nada alteró su mutismo y apartamiento.

Cuando el curso desatendido eligió una comisión para solventar el entuerto con la dirección, él se apersonó en la clase, estuvo unos minutos reunidos con los levantiscos, habló, habló, habló, subió a la sala de profesores, se fumó varios cigarrillos seguidos y abandonó el Centro hasta el lunes siguiente a la hora acostumbrada: ese lunes regresó más envejecido y ojeroso que nunca: algo comenzaba a fallarle, sentenció, enfático, uno de sus inveterados difamadores.

Estaba, ¡por fin!, frente al anciano. Su rostro, apergaminado y harinoso, parecía subsumirse en su propia decrepitud. Busqué afanosamente el reloj; presioné sobre la clavija del cierre y observé la esfera: las agujas se habían superpuesto en una hora imposible.

Temí por mi seguridad: las voces susurrantes, venidas de muy lejos, cesaron repentinamente: La iridiscencia lumínica se había ido colmando de sombras cenceñas hasta cubrir la mitad de la plaza con un resplandor auroral y sanguinolento. El anciano, enjuto y monologante, dejó de mutilar las lombrices; éstas, aprovechando el descuido, se fueron alejando en formaciones romboidales, como ridículas falanges espartanas en un desfile procesional. Sólo permanecía el silencio, el silencio que precede a todas las masacres, el silencio de los holocaustos y los genocidios. Y yo era, sin duda alguna, el chivo expiatorio, el buco emisario, el pan ácimo de aquella liturgia gratuita y siniestra. Acorralado como estaba, formulé, a bocajarro, sin preámbulos, la pregunta fatal.

Envejecimiento que se palpaba en su rostro acartonado, siempre en tensión, en el que se hundían, recelosos, unos ojillos ratoneros que transmitían una tristeza infinita. Sorpresivamente, uno de aquellos lunes gloriosos en los que regresaba exhausto y derrotado de no se sabía dónde, alguien descubrió, casualmente, el celeberrimo tic nervioso en el párpado del ojo derecho: a intervalos regulares, el párpado comenzaba a palpar desbocado, en un ritmo de diafragma averiado y con movimiento reflejo progresivamente acelerado. El ojo parecía dolerse, se dolía de la agresión, velándose el cristalino en remedo de guiño apicarado.

Por aquellos días formuló su definición del acto educativo como acto político repre-

sor y fijó plazo y fecha para su renuncia al mismo: fue calificado de loco peligroso, ente marginal, orate de sainete, visionario utópata y exhibicionista de poco pelo.

A partir de entonces, su mutismo fue en ascenso. Durante un cierto tiempo sólo se dignaba entablar conversación con el personal no docente (en especial con las limpiadoras, a las que hacía disfrutar a carcajada limpia) y con el jardinero (un tipo de relumbrón que arrugaba el bigote a la de tres).

Tres lunes más tarde, dejó también de hablar con los no docentes: se reservaba únicamente para sus alumnos y, sobre todo, para sus gatos siameses: el círculo de las analogías y las equivalencias seguía clausurándose.

Miento. No formulé, a bocajarro, la pregunta fatal. El terror había agarrotado mi lengua, convertida, ahora, en un órgano inútil y parásito basculado hacia la faringe, frío y torpe, en íntima correspondencia con mi cuerpo petrificado. No formulé pregunta alguna; simplemente, y como medida cautelar, seguía aproximándome, más y más, reator, al anciano del que adivinaba su nariz corva, ganchuda, como pico de ave rapaz que otea la presa y babea plácidamente sospechando la jugosidad de la carroña.

No formulé pregunta alguna: el terror era tan intenso que me limité a situarme frente a él con toda insolencia, predispuesto para lo peor. Al detenerme, el anciano, como pulsado por un muelle tensionado al máximo, se puso en pie, mirándome socarronamente, auscultándome, estudiando la forma más adecuada para infligirme el mayor daño posible. Me eché a temblar febrilmente: sabía, lo sabía, que la experiencia de la muerte sería inminente.

Temblaba. Temblaba. Temblaba soliviantado ante una soledad inhóspita. Temblaba sin recato, perdido todo control.

Incluso, y como su opus magna, tuvo la ocurrencia de preparar una antología de textos literarios sobre los gatos. Fue el único y primer homenaje del que se tiene memoria. Se llegó a comentar, con sorna cargada de hostilidad, que, para fomentar la creatividad de sus alumnos (en ejercicios de inventiva, texto libre y metamórfica), tuvo la ocurrencia de llevar a clase a uno de sus amados siameses; el cual, cobardón, se orinó media docena de veces; maulló lastimeramente hasta provocar las lágrimas de los más sensibles; se fugó en un descuido y apareció, una semana más tarde, en un rincón del Centro, medio devorado por los dos mastines que patrullaban el recinto durante las noches. No logró recuperarse del golpe; se hizo más reservado y gruñón, más insociable, más introvertido; desde entonces inició la costumbre, oportunamente jaleada por mirones y hablistas de pasillo, de la petaca de coñac para sus libaciones puntuales cada cuarto de hora.

No precisaba de nada ni de nadie: parecía completamente feliz.

Obligué a mi cuerpo, entumecido y tiritante, a desplazarse, casi arrastrándose, hasta la perpendicular del banco de piedra donde el enigmático vejete seguía envejeciendo segundo a segundo. La luz cenital, agonizante ya, proyectaba mi sombra sobre el banco, envolviendo por entero la figura esquifada del anciano. Cuando la sombra le privó de la luz, el anciano, desesperado, intentó evitar el cono de sombra, manoteando convulsivamente, buscando la luz entibiada, gratificante, como un extraño pez abisal que necesitaba de ella para no sucumbir del todo. Fue entonces cuando descubrí hasta qué pun-

to mi estrategia de aproximación había sido eficaz. Aproveché la confusión del anciano, su momentánea invalidez, para formular, esta vez sí, la pregunta. El anciano, a punto de momificarse, cayó bruscamente a tierra; golpeó el suelo produciendo un chasquido apagado y hueco, de osamenta a punto de pulverizarse. Volví a formular la pregunta. El vejete boqueaba con los ojos desorbitados, saltones, de los que se desprendía una especie de súplica interpretable como un ensalmo o como una maldición. Reptaba trabajosamente, arañaba el suelo, se arrastraba con una torpeza larvaria, casi fetal, hacia mí, como una gigantesca lombriz lagrimeante.

Sonreí complacido, satisfecho, triunfante. Mi cuerpo comenzaba a reaccionar, se acrecía en su materialidad, resucitaba de una muerte epigonal. De mi boca surgió una carcajada espantosa que me sorprendió por su rotundidad.

Meses después (y durante una dilatada época cercana a los diez años), con una paciencia de escoliasta y grafómano a prueba de reveses e incomprensiones, comenzó a redactar su *Ars Poética*: una monumental poliantea y silva de varia lección cuyas tres vertientes cardinales discutirían por los derroteros de la glosa y el commiato, el pastiche y el texto laberíntico (con incontables notas a pie de página, nomenclátors y guías de lectura, glosarios, apéndices y postfacios en jerga intraducible). Texto el suyo que, para pasmo y desazón de sus muchos enemigos, habría de ver publicado, aplaudido, interpretado y analizado por doctorandos y narratólogos, plagiado y, a la postre, calificado por sesudos estilistas como obra fundacional y clásico de clásicos en el parnaso ibérico.

El anciano se aferró a mis pies, aprisionándolos con sus manos gélidas, escamosas, en una crispación que interpreté como preagónica. Permanecí inmóvil, formulando, una y otra vez, la pregunta. Sentía sus manos viscosas clavadas sobre mis tobillos. Me incliné hacia él. Lo sujeté por los cabellos. Al tirar hacia mí, un mechón de vello blanquecino quedó prendido entre mis dedos. Zafé la pierna derecha y empujé con violencia sobre su rostro. El anciano cayó de espaldas, los ojos llorosos, babeantes. Súbitamente liberó sus manos de mis tobillos y las llevó a los ojos: una luz intensísima había surgido a mis espaldas. No quise esperar más. Comencé a golpearlo con saña, pisoteándolo, escupiéndolo, arañándolo. El se defendía ovillándose más y más, ocultando su rostro, quejándose en voz muy baja. La luz seguía creciendo. Toda la plaza rutilaba bajo el blancor espejeante, como un salitral agostado. Me arrojé sobre su cuerpo y formulé, por última vez, la pregunta. El vejete, por toda respuesta, se volteó, quejumbroso; separó las manos del rostro; encaró la luz y comenzó a reírse turbadoramente. Lo miré directamente por vez primera, con curiosidad malsana, centuplicando el odio que sentía hacia él.

Antes de desmayarme, justifiqué, sí, justifiqué por completo su risa siniestra, casi diabólica: El y yo, lo descubrí horrorizado, éramos una única, una misma, una arcaica quimera.

Recordé el título del libro: *Die Sonette an Orpheus* de Rilke.

Julio Calviño